

te por medio del embajador marqués de Canales al rey de Inglaterra por el insulto que en el tratado se habia hecho al rey y á la nacion española, y protestando contra tan escandalosa arbitrariedad. Ya el pueblo en este caso se conformaba á recibir al sucesor que su soberano señalase, y el conde de Oropesa se aprovechó de todas estas circunstancias y de las disposiciones anteriores del rey para acabar de decidirle en favor de su candidato el de Baviera. Los magistrado y juristas á quienes se consultó, informaron tambien que era el pretendiente de mejor derecho, y en su virtud declaró Carlos II. sucesor y heredero de todos sus estados despues de su muerte al príncipe José Leopoldo de Baviera. Prorumpió el emperador cuando lo supo en tan fuertes quejas, y protestó con tal altivez que acabó de ofender é irritar contra sí á los españoles. Al contrario el rey de Francia, contento al parecer con haber alejado al rival mas peligroso, no se dió por sentido, sin renunciar por eso á sus proyectos. Portocarrero tuvo tambien la prudencia de no mezclarse en este asunto, ni manifestar oposicion, no obstante sus últimos compromisos con el francés.

Parecia resuelta ya con esto la cuestion. Pero un acontecimiento inesperado vino de repente á complicarla y dificultarla de nuevo, á saber la muerte del presunto heredero de la corona de España, el príncipe de Baviera, acaecida en Bruselas á la temprana

edad de seis años (8 de febrero, 1699). No nos admiran las sospechas que hubo de que la muerte no fuese enteramente natural. De todos modos este suceso acabó con las esperanzas de un partido, y puso á los otros dos, el francés y el austriaco, en situacion de luchar frente á frente. Ambos eran fuertes, y no podía asegurarse cuál de ellos acabaria por vencer al otro. Porque si el de Austria se reforzó con el conde de Oropesa, que hacia gran peso en la balanza, y faltándole el príncipe bávaro se puso del lado de la reina y el almirante; en cambio el antiguo presidente de Castilla Arias y el corregidor de Madrid don Pedro Ronquillo, resentidos de Oropesa, pasaron á reforzar á Harcourt y á Portocarrero. Oropesa y el cardinal eran los personajes mas influyentes en la córte, y como la cuestion de sucesion era el negocio que absorvia todo el interés, el gobierno y la administracion del Estado estaban abandonados completamente, y ni aun la junta de los tenientes generales daba señales de vida, habiendo caido en la inaccion y casi en el olvido desde que se concluyó la guerra. Enfermo de cada dia mas el rey, siendo el juguete lastimoso de los que por ignorancia ó por malicia atribuian sus enfermedades á hechizos y le trataban como á maleficiado; poseido de una profunda melancolía, ni se ocupaba en nada ni estaba sino para pensar en la muerte, y todo marchaba á la ventura.

La falta de gobierno y las malas cosechas de aque-

llos años produjeron escasez y carestía de mantenimientos en Madrid, y con ella el hambre. Echaba el pueblo la culpa de este mal al conde de Oropesa como presidente de Castilla, y aumentaba el disgusto y la murmuración la voz, no ya nueva, de que él y su muger comerciaban y especulaban á costa de la miseria pública en ciertos artículos de primera necesidad. Formaba contraste con esta conducta la solicitud y la generosidad con que el embajador francés y sus amigos distribuían limosnas y prodigaban socorros, cosa que el pueblo recibe siempre bien, y que ellos no hacían sin estudio, siendo su comportamiento una acusación elocuente, aunque tácita, de sus adversarios. Una mañana (abril, 1699), por uno de esos choques ó reyertas que nunca faltan cuando están pre-dispuestos los ánimos, alborotóse en la plaza un grupo de gentes, primero contra un alguacil, despues contra el corregidor, insultándole y persiguiéndole buen trecho. La multitud amotinada llegó hasta la plaza de palacio atronando con los gritos de: «¡Pan, pan! ¡Viva el Rey! ¡Mueran los que le engañan! ¡Muera Oropesa!» Acudieron varios magnates al régio alcázar, pero azorados todos, nadie sabía qué aconsejar al aturdido Carlos. La muchedumbre pedía que saliera el rey al balcon y se dejára ver del pueblo: la reina entonces con bastante presencia de ánimo fué la que se asomó y dijo á los tumultuados que el rey dormía: «Mucho tiempo ha que duerme, contestaron aquellos,

y ya lo es de que despierte.» Tuvo al fin que presentarse el rey, el cual les ofreció que el conde de Benavente les hablaría en su nombre y oiría sus quejas. Salió en efecto el de Benavente, que no dejaba de tener cierta popularidad, y acaso estaba en alguna inteligencia con los insurrectos; ello es que estos le prometieron retirarse con tal que no se los castigára, y se nombrára corregidor de Madrid á Ronquillo. Concedido que fué esto por el rey, y llamado Ronquillo á palacio, salieron los dos á caballo á la plaza, siendo victoreados por la muchedumbre. «*El rey os perdona, les dijo el de Benavente, pero en cuanto á la carestía del pan no puede él remediarla, y sobre esto será bien os dirijais al conde de Oropesa, que tiene los abastos.*»

No era menester mas, y tal vez no con otro intento fueron pronunciadas aquellas palabras, para que la multitud evacuára instantáneamente la plaza de palacio y se trasladára en tropel á la de Santo Domingo donde vivía Oropesa. Lograron éste y su muger salvarse, avisados por el almirante poco antes de llegar las turbas, pero no se libró su casa de ser saqueada. Lo fué despues la del almirante, aun con mas furia, por la resistencia que opusieron sus criados; así fué que no quedó en ella cosa que los asaltantes no destrozáran, ni hubo exceso que no cometieran. Valióle al de Oropesa haberse refugiado en las casas del inquisidor general, ante cuyas puertas se detuvo la

multitud, bien que no dejando de pedir á voces su cabeza. Era ya casi de noche, y el motin no se sosegaba. Salieron entonces el cardenal de Córdoba y los frailes de Santo Domingo como en procesion, y al mismo tiempo andaba Ronquillo á caballo entre los insurrectos con un Crucifijo en la mano. Bien se debiera á las exhortaciones de los religiosos, bien que á Ronquillo le pareciera que no debian ir las cosas mas adelante, ó que impusiera á los tumultuados la noticia de que entraba en Madrid un cuerpo de doscientos caballos conducidos por el príncipe de Darmstad, á quien antes se habia mandado venir de Cataluña, fuéronse deshaciendo los grupos y retirándose, y quedóse el resto de la noche Madrid en silencio.

Aprovecháronse de este suceso los del partido francés para gestionar con el rey la separacion de Oropesa: él mismo pidió su retiro, fundado en la impunidad en que se dejaba á los alborotadores; mas como el rey, que aun le conservaba el antiguo cariño, se negára á admitirle la renuncia de la presidencia de Castilla, celebraron aquellos una junta en casa del cardenal Portocarrero, y oido el parecer del respetable jurisconsulto Perez de Soto, que era favorable á la casa de Borbon, acordóse hacer los mayores esfuerzos para alejar de la córte á los del partido imperial. Empleó Portocarrero todo el influjo que por su dignidad y sus virtudes ejercia en la conciencia del rey, hasta conseguir que volviera á desterrar á Oropesa á

la Puebla de Montalvan, restableciendo á don Manuel Arias en la presidencia de Castilla; que mandára al almirante retirarse á treinta leguas de la córte; que ordenára al de Darmstad volverse á Cataluña con sus tropas alemanas. A la condesa de Berlips se le señaló una pension sobre las rentas de los Países Bajos, aunque todavía no salió hasta el año siguiente de España. Tambien se desterró al de Monterrey por espresiones ofensivas y poco decorosas que hubo de soltar, con cuyo motivo hubo otro amago de motin en la córte, dirigido sin duda por una mano oculta, que muchos no dudaban fuese la del embajador de Francia.

De este modo quedaba campeando en 1699 el partido francés, reducido el austriaco á la reina, al conde de Frigiliana, y al que era entonces secretario del despacho universal don Mariano de Ubilla, con algunos otros de menos importancia. Mas es ya tiempo de dar cuenta del peregrino sucesos de los hechizos que se decia estaba padeciendo el rey, y los verdaderos tormentos y sinsabores que con aquel motivo sufría.